

OBRAS COMPLETAS

DE

DON ANDRES BELLO

EDICION HECHA BAJO LA DIRECCION DEL CONSEJO DE INSTRUCCION PUBLICA

EN CUMPLIMIENTO

DE LA LEI DE 5 DE SETIEMBRE DE 1872

VOLUMEN III

POESIAS



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESO POR PEDRO G. RAMIREZ

1883

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA *

I

Santa casa de oracion,
templo de la Compañia,
que a plegaria i a sermon
llamas de noche i de dia
la devota poblacion:

¿Qué esplendor, qué luz es esta
que sobre ti se derrama?
No es luz de nocturna fiesta;
es devastadora llama;
es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría
el que por los aires corre:
ayes son esos que envía
envuelta en humo su torre:
son jemitos de agonía.¹

Jamas con furor tan ciego,
prendió escondida centella:
vióse breve lumbre; i luego

* Un incendio consumió, en la noche del 31 de mayo de 1841, el antiguo templo de los jesuitas en Santiago de Chile.

1 El toque a fuego en las campanas de la iglesia incendiada.—(El autor.)

a grande altura descuella
una cúpula de fuego.

Raudo volcan se me antoja,
que aglomera nube a nube
de humareda parda i roja,
i ya hasta los cielos sube,
i encendida lava arroja.

Cual leon que descuartiza
descuidada presa hambriento,
tal, encrespado se eriza,
tal ruje el fiero elemento,
que te reduce a ceniza.

Aunque el pueblo te circunde
a socorrerte anhelante,
rápido el incendio cunde,
i hasta el cerro mas distante
terrifica luz difunde;

I en cuanto la vista abraza,
tiñen medrosos reflejos
toda calle i toda plaza,
i aun contemplados de léjos
espanto son i amenaza.

Una vision gigantea
que negras alas ajita,
en lo alto revolotea:
soplando, el incendio irrita;
i sacude humosa tea.

¿Será aquel ánjel, al pozo
de perdicion derrocado,
a quien la miseria es gozo?
Sobre su rostro eclipsado,
vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema

de fuego, lluvia descende
ardiente, que alumbra i quema
la vasta nave, i se extiende
con voracidad extrema.

¡Virjen! si compadecida
te halló siempre el ruego humano,
detén la fiera avenida:
tiende el manto soberano
sobre tu mansion querida;

Sobre tu bella morada,
donde con ardientes votos
has sido siempre invocada;
donde mil labios devotos
te llamaron abogada.

I tú, ¿puedes tolerar
que así las llamas te ultrajen,
Santo Arcánjel titular?¹
¿Se cebarán en tu imájen?
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor:
la destruccion es completa:
arde todo en derredor:
aun a su Dios no respeta
el fuego consumidor.

II

I a ti tambien te devora,
centinela vocinglero,
atalaya veladora,
que has contado un siglo entero
a la ciudad, hora a hora.

¹ La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcánjel.—(El autor.)

Diste las nueve, i prendida
estabas viendo la hoguera
en que iba a espirar tu vida:
fué aquella tu voz postrera,
i tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte
ese fatidico acento,
¿quién imaginó perderte,
i que en las alas del viento
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decias:
«¡Adios, patria! El cielo ordena
que no mas las notas mias
desenvuelvan la cadena
de tus horas i tus dias.

«Mil i mil formas miré
nacer al aura del mundo,
i florecer a mi pié,
i descender al profundo
abismo de lo que fué.

«Yo te vi en tu edad primera
dormida esclava, Santiago,
sin que en tu pecho latiera
un sentimiento presago
de tu suerte venidera.

«I te vi del largo sueño
despertar altiva, ardiente,
i oponer al torvo ceño
de los tiranos, la frente
de quien no conoce dueño.

«Vi sobre el pendon hispano
alzarse el de tres colores;
suceder a un yermo un llano
rico de frutos i flores;
i al esclavo el ciudadano.

«¡Santiago, adios! Ya no mas
el aviso diligente
de tu heraldo fiel oirás,
que los sordos pasos cuente
que hacia tu sepulcro das.

«¡Adios! Llegó mi hora aciaga,
como llegará la tuya.
No hai cosa que no deshaga
el tiempo, i no la destruya:
aun a los imperios traga.»

III

El ánjel que guarda i vela
a nuestra patria naciente,
ya que el incendio encarcela,
mustio, la mano en la frente,
al empireo coro vuela.

Sacióse en el templo santo
el fuego; cesó el bullicio;
duerme la ciudad; i en tanto
en torno al trunco edificio,
reina silencioso espanto.

Realza una opaca i fea
lumbre el horror i el asombro;
frio norte el humo ondea;
algun denegrído escombros
acá i allá centellea.

Entre la vasta ruina,
talvez despierta i se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
i todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece;
i solamente la luna,

cuando entre nubes parece,
sobre el arco i la coluna
luminosa resplandece.

I con pasmado estupor,
reciben nave i capilla
este tan nuevo esplendor,
lámpara sola que brilla
ante el Arca del Señor.

I ya, si no es el graznido
de infelice ave nocturna
que busca en vano su nido,
o del aura taciturna
algun lánguido jemido,

O las alertas vecinas,
o anunciadora campana
de las preces matutinas,
o la lluvia que profana
las venerables ruinas,

I bate la alta muralla,
i los sacros pavimentos,
triste campo de batalla
de encontrados elementos;
todo duerme, todo calla.

IV

Cuando. a vista de un estrago,
dolorido el pecho vibra,
¿hai un sentimiento vago
que nos alienta, una fibra
que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,
que, cuando rompe i cancela
la fortuna un peregrino

monumento, nos revela
mas elevado destino?

¿O con no usada enerjía,
despierta en tu seno el alma
i bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea
lo que entónces la trasporta:
absorbida en una idea,
los terrenos lazos corta,
i libremente vaguea.

I no es un descolorido
bosquejo lo que elabora,
que, al pensamiento embebido,
el *antes* se vuelve *ahora*,
i la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones
toman colores reales,
i quebrantan las prisiones
de las arcas sepulcrales
difuntas jeneraciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?
¿Qué insólito murmurar?
¿Qué voz turba de esta suerte
el silencio secular
de ese asilo de la muerte?

En sus lechos, se incorporan
las heladas osamentas;
de los nichos en que moran
bajan sombras macilentas:
negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro

la procesion, que la grada
 monta del hondo retiro,
 i en dos filas ordenada,
 hace en torno un lento jiro.

Va a su cabeza un anciano¹
 (una blanca mitra deja
 asomar su pelo cano).
 Cantan, i el canto semeja
 sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, i despues
 desmayados ecos jimen:
 la luna pasa al traves
 de sus cuerpos; i no imprimen
 huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,
 ni es lustre de ojos humanos,
 el de aquel mirar profundo:
 sendas hachas en sus manos
 dan un brillo moribundo.

I cuando atender se quiere
 a lo que en el aire zumba,
 i en tristes cadencias muere,
 se oye el cantar de la tumba,
 el lúgubre *Miserere*.

«El brazo airado detén,
 muestra benigno el semblante,
 ¡Sumo Autor de todo bien!
 para que otra vez levante
 sus muros Jerusalem.²»

1 El obispo don Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.—(*El autor*.)

2 *Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut edificentur muri, Jerusalem.* (Psalm, 50, v. 19).—(*El autor*.)

V

Pero ya rayó la aurora,
i a su luz, cada vez mas
la vision se descolora,
i al fin, como un leve gas,
por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera,
sube el primer sol de junio,
i apresura (cual si huyera
de ver tamaño infortunio)
entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecia
fábrica eterna, ¿quién pudo
adivinar que hoi seria
tostados leños, desnudo
paredon, ceniza fria?

Entre el pavor i el respeto,
contempla el vulgo curioso
(¡horrible i misero objeto!)
de lo que fué templo hermoso
el mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;
no arde el incienso süave;
polvo inmundo afea el ara....
mas ¿por qué en lo ménos grave
el pensamiento se para?

El tabernáculo santo....
tu rostro en la tierra humilla,
¡Jerusalen! rasga el manto;
por tu pálida mejilla
hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,
el Señor; i dió al olvido
la fiesta de la semana;
i su tienda ha demolido,
i desechó su peana.¹

Callan, ¡ai! eternamente
la iglesia, la torre, el coro:
calló el rezo penitente;
calló el repique sonoro;
calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado:
duelo cubre i confusion
al sagrario desolado;
i la hija de Sion
es un cadáver tiznado.

¹ Non est recordatus scabelli pedum suorum, etc. (Jerem., *Thren.*, II, 1, 2, 3, 6.)—(El autor.)